

biblioteca de  
traductores



# Victor Hugo

# Los miserables

Traducción de  
María Teresa Gallego Urrutia

Jean Valjean ha cumplido una condena de casi veinte años por robar comida para su familia. Fuera de la cárcel, marginado por la sociedad, no le queda más remedio que seguir robando. Un inesperado encuentro con el obispo Myriel le hará cambiar de actitud y redimirse. Tras adoptar una nueva identidad, logra hacerse con una posición acomodada que le permite ayudar a los vecinos de Montreuil y a Cosette, la hija de Fantine, una mujer obligada a prostituirse para subsistir. Pero la justicia le sigue los pasos por haber reincidido tras salir de la cárcel. La implacable persecución del policía Javert, un hombre de estricta moral, le obliga a emprender una huida permanente que le llevará a esconderse en conventos y cloacas, y a pasar por los campos de batalla de Waterloo y por las barricadas del París revolucionario de 1832. Siempre buscando para sí y para los demás una justicia que le es negada.

*Los miserables* es una de las obras clásicas de la literatura universal. Fue escrita en cinco volúmenes, en 1862, por Victor Hugo, uno de los autores más importantes de la historia de la literatura francesa. Es una obra fundamental, no sólo por sus valores literarios, sino también por su denuncia de la miseria, la pobreza y la explotación; su reflexión sobre el bien y el mal; y su defensa de la justicia, la ética y la solidaridad humana en momentos adversos. Ha sido llevada al cine en numerosas ocasiones y es la base del mundialmente conocido musical homónimo. La presente traducción de *Los miserables*, a cargo de María Teresa Gallego Urrutia, es la primera totalmente íntegra y fidedigna que se pone a disposición del lector en lengua castellana de esta obra maestra de Victor Hugo.

## *Nota preliminar*

No es ésta la primera vez que se traduce la novela de Víctor Hugo, pero sí es la primera —puesto que todas las demás traducciones se llevaron a cabo hace ya bastantes años (algunas hace bastante más de un siglo)— que se ha podido traducir investigando en fondos bibliotecarios que la digitalización de los libros y el acceso a esos formatos digitalizados a través de Internet ponen a disposición del traductor.

El enciclopedismo de Víctor Hugo, sus incursiones, en el transcurso de sus novelas, en todo tipo de temas: lingüísticos, históricos, arquitectónicos, sociales, agrícolas (por no mencionar sino unos cuantos), se plasman en el uso riquísimo de términos especializados y algunos de ellos regionales y de uso infrecuente ya en su época en determinados casos. No es menor su uso de dichos, frases hechas, refranes y expresiones de jerga también locales en buen número de ocasiones. Abundan también las alusiones a acontecimientos contemporáneos de algunos de los cuales no puede hallarse rastro y razón sino en prensa de la época. Acometer, pues, la traducción de *Los miserables* exige no sólo un conocimiento muy en profundidad de la lengua francesa y, muy especialmente, de la lengua francesa del siglo XIX, sino también de los hábitos de la época y de la historia de la vida cotidiana en Francia en esos años. Y exige en no menor grado la posibilidad de indagar a fondo en los campos ya citados: jergas, agricultura, arquitectura, arte de la guerra, etc. Esta posibilidad se ha vuelto prácticamente ilimitada para quien traduce en la actualidad. La digitaliza-

ción de las obras de dominio público mediante la cual las bibliotecas del mundo ponen a disposición del traductor, de forma inmediata, ediciones originales, diccionarios de épocas pasadas, libros de crítica y estudios literarios y también colecciones de prensa, proporciona unas fuentes de información e indagación inconcebibles hasta hace poco y que, desde luego, tienen algo de milagroso. Es laboriosa, por más que apasionante, pero no imposible ya, la investigación minuciosa que requiere toda traducción, pero quizá en especial novelas como las de Hugo, el gigante prácticamente omnisciente en cuyas páginas suenan todos los registros de un órgano de titanes. A esa investigación hemos dedicado buena parte de los largos meses —que han llegado a sumar años— que ha durado la presente traducción de *Los miserables*.

Creemos, pues, que en lo referido a la terminología y el rigor del vocabulario y al rastreo de los objetos, costumbres y sucesos de la vida cotidiana, la presente traducción es la primera totalmente íntegra y fidedigna que se pone a disposición del lector en lengua castellana.

Debemos mencionar ahora un asunto de tanta importancia, si no mayor, que los anteriormente expuestos. Nos referimos a la censura que padeció a finales del siglo XIX la traducción más publicada y vuelta a publicar de *Los miserables* y que esas sucesivas publicaciones, que han llegado hasta el siglo XXI, no han subsanado, que nosotros separamos, con ningún tipo de nota, prólogo, epílogo o comentario. No entraremos a mencionar los diversos cortes que padeció (y sigue padeciendo en sus reediciones) esa versión castellana de la obra en las ocasiones en que al censor le pareció que en algo faltaba el autor a la religión católica. Porque hay algo más grave, que no es corte o censura sino, lisa y llanamente, supresión de algunos episodios que se sustituyeron por otros de índole totalmente opuesta que modificaban en profundidad tanto la personalidad de los personajes cuanto las intenciones del novelista.

Citemos, a título de ejemplo, la transformación del episodio de la muerte del convencional, en la primera parte de la obra, en que el obispo, monseñor Bienvenu, abrumado y contrito ante el alegato del moribundo sobre las injusticias y tropelías de la Iglesia y de la monarquía de derecho divino y la necesidad de la Revolución francesa, se arrodilla ante el revolucionario para pedirle su bendición, episodio que los lectores españoles llevan más de cien años leyendo convertido en todo lo contrario: el arrepentido es el convencional y el que le imparte su bendición y su perdón es el obispo. En un mismo orden de cosas, ya al final de la novela, Jean Valjean, que ha rechazado, en el umbral de la muerte, el ofrecimiento de la portera de ir a buscar un sacerdote, muere, en castellano, con un sacerdote a su cabecera, que la portera sí ha ido a buscar, como está mandado, en la versión española a la que nos estamos refiriendo.

No tienen estas líneas intención alguna de realizar una recensión de las anteriores traducciones de *Los miserables* y, menos aún, de poner en entredicho ninguna de ellas ni la ingente labor de sus autores. Pero sí podemos afirmar que, por haberse realizado la presente versión en mejores, por no decir óptimas, condiciones para la investigación y con una libertad que no existió en algunas épocas del pasado, es realmente una traducción que endereza unos cuantos entuertos y aporta algo nuevo que permitirá al lector en castellano una lectura más fiel y completa de la obra de Victor Hugo.

MARÍA TERESA GALLEGO URRUTIA  
En Madrid, a 25 de junio de 2013

NOTA: La traductora quiere agradecer a buen número de colegas, que no citará uno por uno por temor a no citar a todos, las consultas a traducciones de *Les misérables* en lenguas para ella desconocidas, las opiniones que aportaron para la resolución de algunas dudas y la paciencia con que se prestaron, en el foro virtual de ACE Traductores, a servir de conejillos de Indias en la experimentación de arduos juegos de palabras a la que los sometió esta traductora durante meses sin compasión.

Mientras permitan las leyes y las costumbres la existencia de una condena social que cree infiernos de forma artificial, en plena civilización, y añada la complicación de una fatalidad humana al destino, que es divino; mientras los tres problemas de este siglo, el proletariado que degrada al hombre, el hambre que pierde a la mujer, la oscuridad que atrofia al niño, no se resuelvan; mientras en algunas comarcas pueda existir la asfixia social; dicho de otra forma, y desde un punto de vista aún más amplio, mientras haya en la tierra ignorancia y miseria, no podrán carecer de utilidad libros como éste.

Hauteville-House, primero de enero de 1862

# Primera Parte

## Fantine

*Libro primero*

**Un justo**

## I

**Monseñor Myriel**

En 1815, Charles-François-Bienvenu Myriel era obispo de Digne. Era un anciano que rondaba los setenta y cinco años; llevaba al cargo de la diócesis de Digne desde 1806.

Por más que se trate de un detalle sin relación alguna con el fondo propiamente dicho de lo que queremos relatar, no será quizá ocioso, aunque no fuera más que para no faltar en nada a la exactitud, que dejemos constancia aquí de los rumores y los dichos que acerca de él corrieron cuando llegó a la mencionada diócesis. Bien sea cierto, bien sea falso, lo que de los hombres se dice ocupa con frecuencia tanto espacio en sus vidas, y sobre todo en sus destinos, como aquello que hacen. Monseñor Myriel era hijo de un consejero del Parlamento de Aix: nobleza de toga. Contaban de él que su padre, que lo destinaba a heredar su cargo, lo había casado a edad muy temprana, a los dieciocho o los veinte años, ateniéndose a una costumbre muy usual entre las familias de parlamentarios. Pese a dicho matrimonio, Charles Myriel había dado, a lo que decían, mucho que hablar. Era apuesto, aunque de corta estatura; elegante, encantador e ingenioso; consagró por completo la primera parte de su existencia a la vida en sociedad y al galanteo.

Llegó la Revolución, los acontecimientos se aceleraron, las familias de parlamentarios, diezmadas, expulsadas, acosadas, se dispersaron. Charles Myriel emigró a Italia nada

más empezar la Revolución. Allí murió su mujer de una enfermedad del pecho que padecía hacía mucho. No tenían hijos. ¿Qué aconteció luego en el destino de monseñor Myriel? ¿Acaso el desplome de la anterior sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos de 1893, más aterradores aún, posiblemente, para los emigrados, que los presenciaban desde lejos con el aumento que les prestaba el pavor, hicieron germinar en él ideas de renuncia y soledad? ¿Acaso lo alcanzó de súbito, en medio de algunas de aquellas distracciones y afectos que le llenaban la vida, uno de esos golpes misteriosos y terribles que a veces derriban, alcanzándolo en el corazón, al hombre a quien las catástrofes públicas no inmutarían al afectarlo en su vida o su fortuna? Nadie habría podido decirlo; todo cuanto se sabía era que, al regresar de Italia, era sacerdote.

En 1804, el padre Myriel era párroco de Brignoles. Era ya viejo y vivía en completo retiro.

Por la época de la coronación, un asuntillo de su parroquia, del que nadie se acuerda ya, lo llevó a París. Fue a abogar por sus parroquianos, además de ante otras personas poderosas, ante el cardenal Fesch. Un día en que el emperador había ido a visitar a su tío, el digno párroco, que estaba esperando en la antecámara, se halló en el camino de paso de Su Majestad. Napoleón, al ver que aquel anciano lo miraba con cierta curiosidad, se volvió y dijo con brusquedad:

—¿Quién es ese hombrecillo que me está mirando?

—Su Majestad está mirando a un hombrecillo —dijo monseñor Myriel—, y yo, a un gran hombre. Ambos podemos sacar provecho.

Esa misma noche el emperador le preguntó al cardenal cómo se llamaba aquel párroco y, poco tiempo después, el sacerdote se quedó sorprendidísimo al enterarse de que lo habían nombrado obispo de Digne.

¿Qué había de cierto, por lo demás, en lo que se contaba acerca de la primera parte de la vida de monseñor My-

riel? Nadie lo sabía. Pocas familias habían conocido a la familia Myriel antes de la Revolución.

Monseñor Myriel tuvo que padecer la suerte de todo recién llegado a una ciudad pequeña en donde hay muchas bocas que hablan y poquísimas cabezas que piensan. Tuvo que padecerlo aunque fuera obispo y porque era obispo. Pero, bien pensado, los dimes y diretes en los que aparecía su nombre no eran quizá sino eso, dimes y diretes; rumores, dichos, palabras; y no tanto palabras cuanto palabreos, como dice la enérgica lengua de las provincias del sur.

Fuere como fuere, tras nueve años de obispo y de residir en Digne, todos esos comadreos, esos temas de conversación que tienen entretenidas al principio a las ciudades pequeñas y a las personas de a pie, habían caído ya en un profundo olvido. Nadie se habría atrevido a mencionarlos; nadie se habría atrevido ni tan siquiera a recordarlos.

Monseñor Myriel llegó a Digne en compañía de una solterona, la señorita Baptistine, que era hermana suya y a quien le llevaba diez años.

No tenían más servicio que una criada de la misma edad que la señorita Baptistine, que se llamaba señora Magloire, quien, tras haber sido el ama del señor cura, adoptaba ahora la doble apelación de doncella de la señorita y ama de llaves de Su Ilustrísima.

La señorita Baptistine era alta, pálida, delgada y dulce; cumplía con el ideal que se expresa mediante la palabra «respetable», pues, por lo visto, una mujer debe ser madre para ser venerable. Nunca había sido guapa; su vida entera, que no había consistido sino en una secuencia de obras piadosas, había acabado por envolverla en una suerte de blancura y claridad; y, al envejecer, había adquirido eso que podría llamarse la hermosura de la bondad. Si de joven fue flaca, en la madurez se convirtió en transparente; y entre aquella diafanidad se intuía al ángel. Era, más aún que una virgen, un alma. Parecía hecha de sombra; apenas si tenía cuerpo bastante para que hubiera en él un sexo; era una

cantidad mínima de materia que contenía un resplandor; unos ojos grandes siempre bajos; un pretexto para que un alma se quedara en la tierra.

La señora Magloire era una viejecita pálida, gruesa, rechoncha, azacanada, siempre jadeante, en primer lugar por aquella actividad suya y, en segundo, por el asma.

Cuando llegó monseñor Myriel, lo acomodaron en su palacio episcopal con los honores que requerían los decretos imperiales, que sitúan al obispo inmediatamente después del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita y él, por su parte, hizo la primera visita al general y al prefecto.

Una vez acomodado, la ciudad esperó para ver a su obispo manos a la obra.

## II

**Monseñor Myriel se convierte en monseñor Bienvenu**

El palacio episcopal de Digne era un edificio contiguo al hospital.

El palacio episcopal era amplio y hermoso; lo había construido en piedra a principios del siglo anterior monseñor Henri Puget, doctor en Teología por la Facultad de París y abad de Simore, que fue obispo de Digne en 1712. Aquel palacio era una auténtica mansión señorial. Todo era de aspecto grandioso: los aposentos del obispo; los salones; las estancias; el patio principal, anchuroso y con paseos porticados como era antaño uso en Florencia, y los jardines donde crecían árboles espléndidos. En el comedor, una galería larga y soberbia, sita en la planta baja y que daba a los jardines, monseñor Henri Puget dio un almuerzo de gala el 29 de julio de 1714 a Sus Ilustrísimas Charles Brûlart de Genlis, obispo-príncipe de Embrun; Antoine de Mesgrigny, capuchino y obispo de Grasse; Philippe de Vendôme, prior mayor de Francia y abad de Saint-Honoré de Lérins; François de Berton de Crillon, obispo-barón de Venecia; César de Sabran de Forcalquier, obispo-señor de Glanedève, y Jean Soanen, sacerdote del oratorio, predicador ordinario del rey y obispo-señor de Senez. Los retratos de aquellos siete reverendos personajes decoraban esa estancia; y aquella fecha memorable: 29 de julio de 1714, estaba grabada en letras de oro en una mesa de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de una sola planta, y con un jardincillo.

Tres días después de haber llegado, el obispo visitó el hospital. Al concluir la visita, pidió al director que tuviera a bien ir a verlo a palacio.

—Señor director del hospital —le dijo—, ¿cuántos enfermos tiene en este momento?

—Veintiséis, Ilustrísima.

—Sí, ésa es la cuenta que me salía a mí —dijo el obispo.

—Las camas —siguió diciendo el director— están muy juntas.

—Eso había notado.

—Las salas no son sino cuartos, y cuesta ventilarlos.

—Eso me parece.

—Y además, cuando sale un rayo de sol, el jardín se queda muy pequeño para los convalecientes.

—Es lo que me estaba diciendo.

—En las epidemias, este año hubo una de tifus y hace dos años una de fiebre miliaria, a veces tenemos cien enfermos; y no sabemos qué hacer.

—Eso había pensado.

—Qué le vamos a hacer, Ilustrísima —dijo el director—. Hay que tomárselo con resignación.

Aquella conversación transcurría en el comedor-galería de la planta baja. El obispo calló un momento; luego, se volvió de pronto hacia el director del hospital.

—Señor director —dijo—, ¿cuántas camas cree que cabrían sólo en esta estancia?

—¿El comedor de Su Ilustrísima? —exclamó el director, estupefacto.

El obispo recorría la sala con la mirada y parecía estar tomando medidas y calculando a ojo.

—¡Por lo menos cabrían veinte camas! —dijo, como si hablase consigo mismo; luego, alzando la voz—: Mire, señor director del hospital, voy a decirle algo. Está claro que hay una equivocación. Son ustedes veintiséis personas en